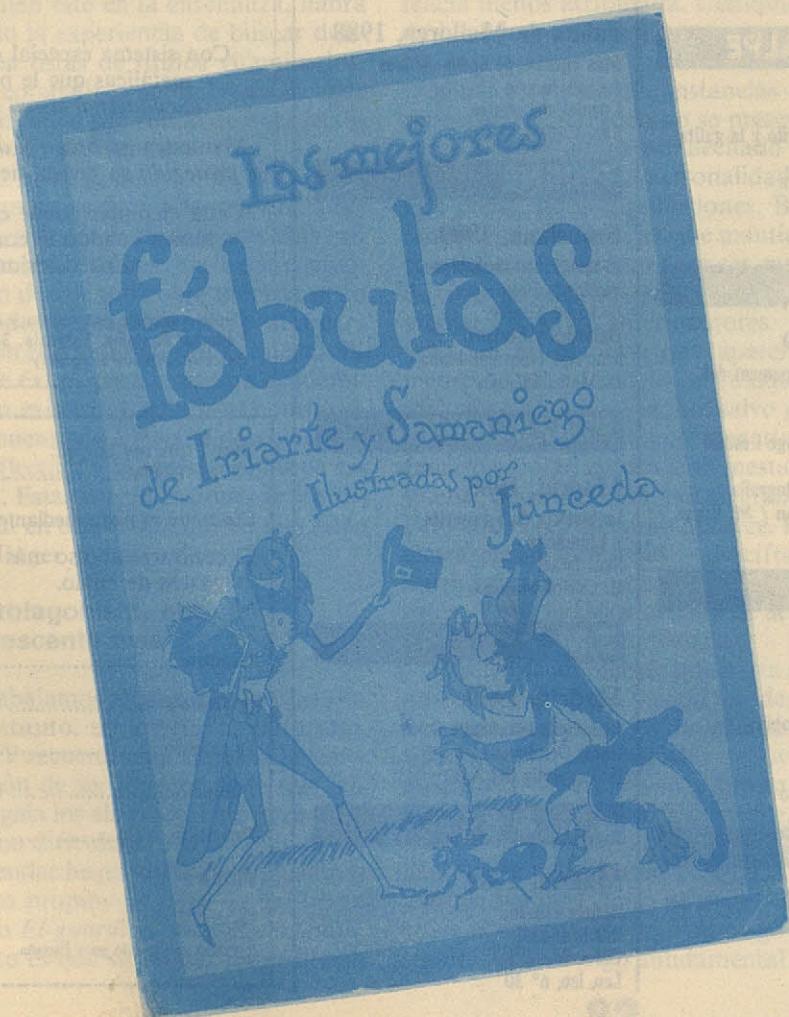




EX-LIBRIS

Ganas de leer

por José Agustín Goytisolo



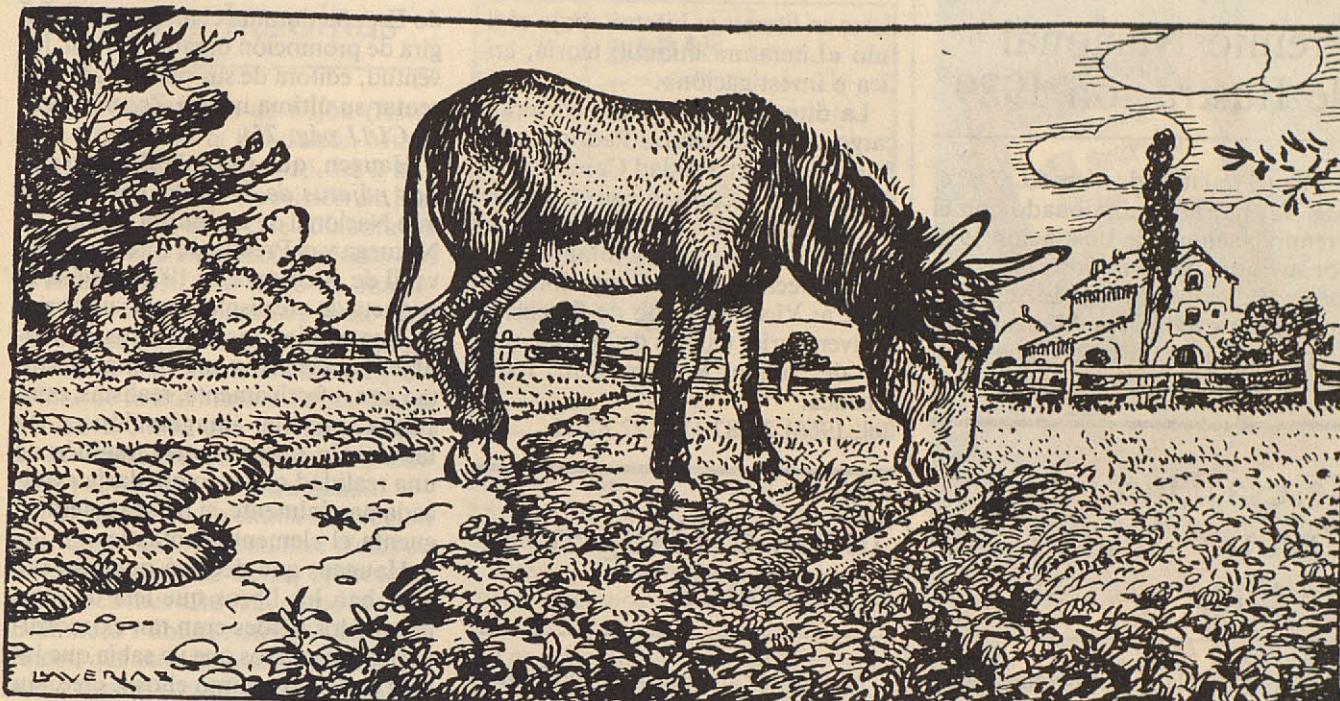
No recuerdo con exactitud cuál fue el primer libro que leí. Lo que sí tengo muy presente es que recitaba las fábulas de Iriarte y Samaniego; aún puedo repetir de memoria muchas de ellas. Esto supone que tales fábulas debieron ser algunas de mis primeras lecturas.

En medio de la confusión de mis primeros años de lector destacan, entre otros autores, Defoe, Verne, Stevenson, Richmal Crompton, Andersen, Hoffman, Salgari o Joseph Conrad, y enseguida Poe, Juan Ramón Jiménez, Bécquer, Darío, Azorín, Walter Scott... Un lio, un tremendo lio.

En la casa familiar existía una biblioteca bastante apreciable, y tanto mis hermanos como yo saltábamos de un libro juvenil de aventuras a una novela de Baroja, y regresábamos de los episodios de Galdós a los episodios de Collodi, el responsable de la mala vida que llevaba el pobre Pinocho.

Esta confusión de lecturas, este vaivén entre una literatura catalogada como especialmente dirigida a los chicos y otra considerada para adultos, creo que fue un ejercicio que nos resultó beneficioso: todavía hoy no en-

AGENDA



LLAVERÍAS. EL LIBRO DE LAS FÁBULAS. JUVENTUD, 1943.



LLAVERÍAS. EL LIBRO DE LAS FÁBULAS. JUVENTUD, 1943.

tiendo cómo ciertas obras no son recomendadas a niños y adolescentes.

El mundo de un niño sólo difiere del mundo de un adulto en que aquél está mucho más abierto a la fantasía: no necesita un discurso lógico para ver representado, o representar, un tema, una situación o un argumento,

por irreal o mágico que a primera vista pueda parecer. Ocurre, sin embargo, que muchos escritores, cuando se dirigen a un público lector infantil o juvenil, oscilan, en sus narraciones, entre un realismo moralizante y en ocasiones cruel, y un tono bobo y dulzón de presentar ridículas maravillas.

Los cuentos de Perrault, por ejemplo, siempre me parecieron ramplones y perversos: no se los recomendaría a ningún niño.

Lo que sí recuerdo es que leía todo el tiempo que podía. Quiero decir que mezclaba la lectura gozosa de una novela con el a veces no tan gozoso estudio de un libro de texto. Escribo esto porque recuerdo que los padres de muchos de mis amigos solamente dejaban leer a sus hijos obras literarias en días festivos o durante las vacaciones. Debían considerar que la literatura era como un relleno que debía ocupar el vacío dejado por las asignaturas.

Sé que ahora no ocurre esto ni en la mayoría de las familias ni en la mayoría de las escuelas, en las que se practica la lectura en horas de clase.

Es mejor leer buenas obras literarias que aprender literatura sin leer nada. Saberse una lista de autores y de obras, de épocas y estilos, es un tormento inútil, capaz de quitarle a quien lo sufre las ganas de leer. ■